

Narraciones etimológicas: los orígenes y el nombre del Perú ¹

Paul Firbas
Stony Brook University
Estados Unidos

En el diálogo *Cratilo*, Platón se ocupó del problema de la nominación en el lenguaje y la rectitud de los nombres propios: ¿cuáles nombres son verdaderos?

Uno de los dialogantes, Hermógenes, sostiene que la nominación es convencional y que si “cambiamos los nombres a los criados, no sigue siendo menos correcto el nombre puesto después que el de antes”. En cambio, Cratilo defiende una posición naturalista o esencialista, donde los nombres, para ser tales, deben ser correctos respecto a la cosa nombrada. Sócrates agrega que la corrección depende no tanto de la forma del nombre, sino de que éste retenga “el carácter esencial (*týpos*) de la cosa”. El diálogo entre Sócrates y Cratilo deriva finalmente a una discusión sobre las palabras y el aprendizaje del mundo: ¿conocer bien los nombres es conocer las cosas bien? (2002: 75, 141, 145).

Partiendo, de algún modo, de la reflexión del *Cratilo*, conviene subrayar aquí dos asuntos: la violencia implícita en el cambio de nombres, según el ejemplo de Hermógenes y sus criados (“esclavos” en otras traducciones); y la larga tradición que hace de los

¹ Una elaboración inicial de este trabajo apareció con el título “La geografía antártica y el nombre del Perú”, el cual incluía además una reflexión sobre el mapa imaginario de la *Miscelánea antártica* de Cabello de Balboa (Firbas 2003). El presente artículo retoma el problema del nombre del Perú y su relación con la cosmografía e incluye algunos nuevos abordajes a este viejo problema.

nombres verdaderos una forma privilegiada de aprehensión de la cosa. Así, el estudio del origen de las palabras y sus etimologías se podía convertir en una manera de acceder al sentido verdadero y original de la cosa o el ser. En *Cratilo*, Sócrates revisa los étimos de unas doscientas palabras griegas, investigando cómo los nombres revelan la esencia de los objetos nombrados.

Entre los usos del lenguaje más íntimamente ligados al poder y a la historia del colonialismo se encuentran, como en el ejemplo de Hermógenes, los cambios de nombres, específicamente los topónimos. El presente ensayo sigue ese rumbo, explorando las narrativas alrededor de la formación o el cambio de un nombre en el contexto colonial andino. Se trata de relatos que bien denuncian el carácter falso o espurio del topónimo "Perú" o bien buscan restituir una supuesta esencia, un sentido correcto y una relación verdadera entre el nombre y la cosa: territorio, geografía, espacio, comunidades humanas anteriores y presentes que se cifran bajo ese topónimo.

El problema del discutido nombre del "Perú" no es, sin duda, único. Su origen opaco recuerda otras palabras formadas también durante la expansión imperial española, como "caribe", "cimarrón" o "baquiano", las cuales se resisten a una etimología estable o definitiva. La imposibilidad de fijar el origen de este nombre ha motivado, desde el mismo siglo XVI, una larga historia de conjeturas y relatos. Desde que el término se inventa y compite con otros, "Perú" se convierte en un tropo del discurso colonial: un uso particular del lenguaje en la empresa de expansión, conquista y colonización; así como también en una posibilidad de su crítica.²

2 En las reales cédulas de mayo a julio de 1529 prevalece el nombre de "Túmbez", o "provincia de Túmbez" para designar el territorio bajo la jurisdicción de Francisco Pizarro. Uno de estos documentos, citado por Porras Barrenechea, muestra la complejidad de la nominación: "las tierras e provincias de Tumbez de la mar del sur, llamada Castilla del Oro a la parte del levante" (1968: 79). En la capitulación de Toledo se impone el nombre del Perú, pero en cédulas posteriores se usaba todavía Túmbez. Al crearse la gobernación para Diego de Almagro en 1534 (cuyo territorio comprendía doscientas leguas hacia el estrecho de Magallanes, partiendo desde los límites de la gobernación de Pizarro), señala Porras que surgen entonces "las gobernaciones rivales de Nueva Castilla y Nueva Toledo" (1968: 79-82). Debe recordarse además que hacia 1537 se escribe *La conquista de la Nueva Castilla*, poema anónimo en 283 octavas de arte mayor a imitación de Juan de Mena. Véase la edición de F. Rand Morton (1963) y Marrero-Fente (2008).

Por tanto, en las siguientes páginas propongo pensar el nombre del Perú desde dos de sus narraciones etimológicas: la del Inca Garcilaso de la Vega, publicada en la primera parte de sus *Comentarios reales* (Lisboa, 1609) y la del historiador peruano Raúl Porras Barrenechea, publicada a mediados del siglo XX.

No me interesa apuntar cuál es o puede ser el étimo "verdadero", si es que esto fuera posible. No busco restituir una esencia detrás del nombre, sino que persigo otro objetivo. Parto de la hipótesis de que la construcción del origen de una palabra, especialmente de los topónimos y los americanismos en general, va acompañada de un relato, de una narración breve, a veces oculta. El relato etimológico refiere así la historia del encuentro primigenio de una palabra y una realidad donde puede cifrarse la "esencia" de la cosa. De este modo, estudio aquí las dos narraciones sobre "Perú", considerándolas no desde su verdad, sino como construcciones de sentido. Finalmente, ofrezco un relato nuevo, una hipótesis que espero abra la discusión a otros posibles orígenes y tradiciones. Este nuevo relato debe considerarse como una provocación, hecha sobre la base de documentos que muy probablemente jugaron un papel importante en el proceso de extensión colonial desde Panamá hacia Sudamérica. Se trata, sin embargo, de aceptar el error y las malas lecturas como agentes constitutivos del origen de los nombres; y de abrir el problema del topónimo "Perú" a una trama cosmográfica de principios del XVI, pero de larga tradición clásica.

Como ya se ha sugerido, "Perú" comparte con otras palabras la densidad de los vocablos acuñados en el mismo proceso de acciones y textos que establecieron las colonias. Esas palabras se resisten a la quietud de un étimo, rechazan la homogeneización, y no se acomodan a una sola verdad. Nos acercan por lo menos a dos aspectos de un fenómeno complejo: muestran la heterogeneidad de tradiciones, lenguas y nombres involucrados en la conquista y la colonia; y revelan el deseo de reducir esa misma diversidad a una unidad gobernable cifrada en el nuevo nombre, palabra nueva de la retórica del colonialismo. El imperio borra así identidades y crea nuevos sujetos dispuestos a su servicio.

Conviene asimismo recordar que, en primer lugar, el nombre del Perú está asociado desde sus primeros usos al mundo del Sur y

a la imaginaria línea equinoccial y, por tanto, aparece vinculado a un saber cosmográfico más que a los accidentes naturales visibles por los conquistadores. Así, todavía en 1598, Luis Jerónimo de Oré escribe brevemente sobre la geografía del Perú: "...toda esta tierra comienza desde la línea equinoccial adelante hacia el mediodía" (f. 27v). En segundo lugar, "Perú" (o "Pirú"), hasta donde sabemos, no fue un término autodescriptivo de ningún grupo étnico americano ni se usó como topónimo en ninguna lengua aborígen. Esta palabra vino a borrar diferencias y a reemplazar una multitud de nombres y de gente detrás de otros nombres. Al despojar a los nativos de su propia adscripción étnica para hacerlos "indios peruanos", se les estaba asignando e inventando otras genealogías.³

Garcilaso y el indio Berú

El Inca Garcilaso trabajó su narración sobre el origen del nombre del Perú en España a finales del siglo XVI, y la incluyó en los primeros capítulos del Libro I de sus *Comentarios reales*.⁴ El historiador Raúl Porras Barrenechea, al referirse a esta narración, la despacha calificándola de "conseja infantil digna de figurar en los textos menores de historia" (1968: 18), sin advertir que esa "conseja" es una reflexión sobre el acto mismo de nombrar en el contexto de la conquista.

Garcilaso refiere el origen de la palabra con una escena sobre el contacto entre los españoles y un indio, ocurrido más de diez años antes de la toma de Cajamarca. El Inca relata que ese primer

3 El uso del topónimo "Birú" en la *Relación* de Pascual de Andagoya debe leerse con cuidado. Andagoya escribe en 1542 su viaje de 1522, en el cual, según nos dice, navegó hacia el sur de Panamá y llegó a la "provincia que se dice Birú" (277). Maticorena en un trabajo sobre Andagoya cita un documento de 1523 que dice: "Pascual de Andagoya, que fue a la provincia del Perú" (1979, 39). No he podido verificar esta datación. Por otra parte, no he encontrado ninguna mención en los textos del XVI o XVII de ningún pueblo con el nombre "Virú". La localidad que hoy lleva este nombre en la costa norte del Perú parece haber recibido el topónimo a finales de la colonia. Este es un asunto que aún no he podido aclarar. Sobre la alternancia entre "Perú" y "Pirú", José Durand señaló que la forma más antigua en los escritos del Inca Garcilaso era "Perú". Véase Durand 1949. En general, los usos de "Pirú" antes del 1550 son muy escasos. En los primeros impresos europeos no castellanos sobre el Perú, así como en la primera cartografía, se usa invariablemente "Perú", nunca "Pirú".

4 Para la cronología de los escritos del Inca, véase Durand 1962.

indio tenía por nombre propio "Berú" y que en su lengua, hablada por los "indios bárbaros que habitan entre Panamá y Huayaquil", la palabra "Pelú" significaba "río". Al ser capturado e interrogado por los españoles, Garcilaso especula que el indio habría contestado: "Si me preguntáis cómo me llamo, yo me digo Berú, y si me preguntáis dónde estaba, digo que estaba en el río" (1943: I, 8).

La respuesta "estaba en el río" parece un sin sentido, puesto que los españoles encuentran y capturan al indio justamente en ese lugar, desde donde Berú miraba el paso de una embarcación española, puesta allí como celada para capturarlo. Garcilaso se demora en la descripción de esta imagen primigenia entre Berú y sus captores:

El indio, viendo en la mar una cosa tan estraña, nunca jamás vista en aquella costa, como era navegar un navío a todas velas, se admiró grandemente y quedó pasmado y abobado, imaginando qué pudiese ser aquello que en la mar veía delante de sí. Y tanto se embebeció y enajenó en este pensamiento, que primero lo tuvieron abraçado los que le iban a aprender que él los sintiese llegar, y assí lo llevaron al navío con mucha fiesta y regozijo de todos ellos (1943: I, 18).

Esta presa humana, el primer indio "peruano" en el relato de Garcilaso, es un ser enajenado e incapaz de actuar ante la visión del barco. Su lenguaje se reduce a la repetición de su nombre propio y su lugar en la geografía: "Berú", "Pelú"; "yo", "aquí", como si enunciara esa relación entre el indio y su tierra que la conquista borra y desconoce. Con esta narración el Inca marca el origen impropio, ajeno y viciado del topónimo; y además constituye una escena fundacional de la incompreensión y las asimetrías, como lo será después la de Atahualpa y el libro en la toma de Cajamarca. El mismo Inca enfatiza esta peculiar situación comunicativa en su relato:

el indio comprendía que le preguntaban, mas no entendía lo que le preguntaban, y a lo que entendió qué era el preguntarle, respondió a priessa (antes que le hiziesen algún mal) y nombró su propio nombre, diciendo Berú, y añadió otro y dixo Pelú ... Los cristianos entendieron conforme a su desseo, imaginando que el indio les había entendido y respondido a propósito,

como si él y ellos hubieran hablado en castellano, y desde aquel tiempo... llamaron Perú aquel riquísimo y grande imperio, corrompiendo ambos nombres, como corrompen los españoles casi todos los vocablos que toman del lenguaje de los indios de aquella tierra (1943: I, 18).

En otras palabras, en el origen de este nombre, Garcilaso ve un indio, físicamente reducido y mentalmente enajenado, quien ofrece con su lengua la materia sonora que los españoles transforman en una palabra de la conquista, borrando el "yo" y el "aquí" del indígena. Esta escena pone en primer plano el uso colonizador del acto de nombrar, lo desnuda para exponer el cuerpo y el territorio violentados, y la mente enajenada del indio. Esta escena etimológica es un relato de violencia, corrupción lingüística y enajenación mental; y de borramiento de toda relación cultural del nativo y su tierra: el yo estoy aquí del indio.

De alguna manera, al ser capturado Berú se convierte en una pieza del sistema colonial, en un indio peruano vasallo del imperio, sometido desde ese momento a su aparato legal. Asimismo, la nominación opera en otro sentido al confundir el río y el indio en un mismo nombre. La nueva palabra, el apelativo espurio que señala Garcilaso, convierte al indio en naturaleza. El acto de nombrar puede así entenderse como un tropo fundamental del discurso colonial.⁵

Porras Barrenechea y el mote burlesco

El trabajo más detallado sobre el nombre del Perú lo publicó en 1951 Raúl Porras Barrenechea en la revista *Mar del Sur*.⁶ En

5 El relato de Garcilaso posee semejanzas con la que imagina Louis Althusser para explicar su discutida formación de un "sujeto". Como se recordará, Althusser imagina un individuo en la calle que es interpelado por la ley: "¿quién es usted?". En el momento en que el individuo vuelve el rostro al poder se convierte en un "sujeto" (Althusser 174). No pretendo aquí discutir la validez de esta escena althusseriana en la constitución de un sujeto (legal). Me interesa, en cambio, la imaginación narrativa en el pensamiento histórico, filosófico o político.

6 Fue después publicado en forma de libro bajo el título *El nombre del Perú*, Lima, 1968. El ensayo se presentó por primera vez en el Primer Congreso Internacional de Peruanistas, reunido en Lima en 1951.

su estudio, Porras repasa las diversas hipótesis sobre el origen del nombre, las cuales se pueden esquematizar en dos grandes grupos. El primero deriva el topónimo "Pirú" de un anagrama del nombre del patriarca bíblico Ophir, como puede leerse en el humanista sevillano Arias Montano, y a partir de esa autoridad, en Cabello de Balboa, Gregorio García y Francisco Montesinos. El segundo grupo, más nutrido y heterogéneo, lo conforman todos aquellos autores que derivan "Perú" de alguna palabra indígena, generalmente del río "Birú" o de un indio del mismo nombre, ubicados imprecisamente entre la zona del golfo de Panamá o en la región ecuatorial. Los autores que proponen estas etimologías son Pascual de Andagoya, López de Gómara, Fernández de Oviedo, Garcilaso, Martín de Morúa, entre otros.

Lo más novedoso del trabajo de Porras se encuentra en el rastreo documental del topónimo, entre los papeles relacionados a la llamada "Armada del Levante", nombre oficial en Panamá de la expedición descubridora de Pizarro y Almagro. La región deseada por conquistar se denominaba oficialmente entre 1524 y 1527 "La costa del levante", quizá porque desde Panamá la costa se dibuja hacia el oriente, y porque se desconocía todavía el contorno del continente en dirección austral.

Según Porras, en los documentos del primer viaje de Pizarro, realizado entre 1524 y 1525, no se menciona nunca el nombre "Perú". En cambio, aparece por primera vez hacia 1527, en las declaraciones hechas en Panamá por los soldados desertores del segundo viaje de descubrimiento. Porras encuentra en la mirada y el ingenio de esos soldados el origen del topónimo. La escena inicial del nombre —y de alguna manera la esencia de lo peruano para Porras— le pertenece al "pueblo de la conquista", según el historiador llama a los soldados asentados en Panamá que escuchaban y veían las desventuras de los primeros viajes del "carnicero" Pizarro:

Frente a la vaguedad del nombre oficial [la Armada del Levante], surge entre los vecinos de Panamá, los soldados desertores de la empresa, el mote burlesco de "los del Perú", aplicados a los que iban llevados por el recogedor Almagro a morir en el marasmo del trópico, en manos del carnicero Pizarro (1968: 86).

La hipótesis de Porras posee un contenido narrativo intenso, aunque no esté desarrollado. Puede leerse como un cuento brevísimo, un relato en su forma mínima, en la cual los soldados picarescos y la atmósfera colonial recuerdan las *Tradiciones* de Ricardo Palma. En el mismo origen de la conquista y del nombre, Porras señala una mirada burlesca y una nota de humor, quizá conciliatorio. Al final de su exploración documental, Porras concluye que “Perú” no es “palabra quechua ni caribe, sino indo-hispana o mestiza” (1968: 39). La población indígena aporta un vago referente material —un indio, un río, un pueblo—, y el ingenio popular de la soldadesca española lo modela y le da su espíritu. Es decir, posee la forma del discurso criollo sobre el mestizaje. En cambio, en el relato del Inca, según hemos visto, el gesto de nombrar aparece como una usurpación del nombre propio, un acto de violencia física y corrupción lingüística.

El Perú antártico

El estudio del origen del topónimo “Perú” debe también tomar en cuenta la cosmografía, geografía y cartografía europeas de la época. La palabra “Perú” forma parte del vocabulario de los diferentes textos y géneros que componen el discurso colonial, particularmente de aquellos que conectan los territorios recién descubiertos del hemisferio sur con el antiguo conocimiento sobre las regiones antárticas y los antípodas. En otras palabras, pensar “Perú” desde las cosmografías clásicas nos permite recuperar viejas tradiciones que, junto con las voces indígenas, acompañaron también la formación del topónimo. Lo antártico se refiere vagamente al mundo del Sur, a unos territorios imaginados desde la antigüedad que no podían sino actualizarse con las experiencias concretas por los territorios ecuatoriales: las inhóspitas zonas tórridas de la antigüedad.⁷

Como ya se ha mencionado, la especulación etimológica tiene la forma de una narración. Quizá no sea posible imaginar el origen

7 Recordemos que medio siglo después de la formación del virreinato del Perú, cuando otros estados europeos mostraban sus banderas en el estrecho de Magallanes entre los años de 1579 y 1617, lo antártico sale a la superficie en textos como la *Miscelánea antártica*, las *Armas antárticas*, el *Parnaso antártico*, en las supuestas sesiones literarias de la Academia antártica en Lima, etc. Ver Firbas 2000.

de una palabra sino dentro de un relato. En el caso de la formación de un nombre que designa a un grupo humano, la narración etimológica puede adquirir un peso fundacional: de un mito cuya función es poner en escena la ideología de una sociedad (Dumézil 1971: 15) o puede, por el contrario, desconstruir esos relatos para proponer otros sentidos.⁸

Frente a las narraciones de Garcilaso y Porras, propongo una que asuma la incertidumbre del origen. No busco una esencia en el nombre, sino la evocación, la inestabilidad, la multiplicidad de tradiciones y posibilidades. El éxito inmediato de la palabra “Perú” en la imaginación europea no puede explicarse por un significado fijo, sino por su apertura, resonancia y poder de construcción del mundo. En otras palabras, “Perú”, en principio, fue un espacio producido desde el discurso europeo y para él: posee la forma de un mito. Conviene recordar que la población indígena rehusaba usar este topónimo (Garcilaso 1943: I, 19). “Perú” significaba el vocabulario de la invasión, la violencia y el allanamiento de las complejidades del mundo que ocupaba, como bien lo condensa la narración del Inca Garcilaso.

Podemos suponer que los avances coloniales en los territorios americanos se hicieron sobre la base de un muy heterogéneo conjunto de textos, desde informaciones orales de españoles e indígenas

8 El lingüista Rodolfo Cerrón Palomino ha publicado una excelente nota etimológica sobre el nombre de la ciudad de Lima, escrita rigurosamente desde la filología, la dialectología andina y la historia. Cerrón escribe que “Lima” le debe su nombre a la palabra quechua “*limaq*” que significa “el que habla”, en referencia a la huaca u “*oráculo* preinca instalado en lo que hoy es el Cercado de la ciudad” (Cerrón 2000: 156). No hay una “narración etimológica” en la nota de Cerrón, ya que propiamente no cuenta el origen de la palabra, sino la evolución de su forma: cómo el topónimo quechua original “*rimac*” habría cambiado en “*limaq*” a consecuencia del sustrato aimara y luego, castellanizado, en “*lima*”. La tesis de Cerrón es que la costa central también habría formado parte, junto con el Valle del Mantaro y la sierra centro sureña, de los territorios de habla aimara, “mucho antes de la expansión preinca del quechua” (2000: 154). Sin embargo, la complejidad histórica y los niveles lingüísticos detrás de este topónimo sí revelan la construcción de otra narración: el aimara emerge desde el nivel profundo del nombre de Lima, a pesar de que se trata de una lengua y cultura poco presentes en el imaginario nacional peruano. Respecto a la designación de “el que habla” en referencia al río, ésta se remonta al tiempo colonial y al olvido del oráculo. Para Porras Barrenchea “*rimac*” era el “río hablador”, a lo cual agregaba: “denominación la más apropiada para el canal que distribuye las aguas a la ciudad murmuradora y parlante” (citado por Cerrón 2000: 156, n.º 6).

(con toda la incomprensión inherente en estos probables “diálogos”), relaciones manuscritas hechas por otros conquistadores, mapas y portulanos dibujados en los dos lados del Atlántico e impresos variados que pudieran ofrecer alguna información sobre las geografías del hemisferio sur y el arte de navegar en general. Y también otros libros: cosmografías y textos religiosos que podían ordenar los nuevos espacios y darles sentido en una narración mayor.

Es importante recordar e insistir en la función del libro y del mapa impresos en este contexto. Si bien la historia de la humanidad está llena de experiencias coloniales, la del siglo XVI es la primera en la que la letra impresa acompañó a las armas europeas. Dentro de los libros que avanzaron con la conquista, cabe destacar que durante las primeras décadas del siglo XVI las cosmografías anteriores a los nuevos descubrimientos estaban en plena vigencia, lo cual puede notarse, por ejemplo, en las numerosas ediciones del *Comentario* de Macrobio al “Sueño de Escipión”, texto escrito en el siglo V.⁹

El *Comentario al Sueño de Escipión* es una detallada exégesis del breve texto con que Cicerón cierra el libro VI en su *De republica*. Cicerón relata el viaje en sueños del joven Escipión hasta las regiones celestiales de los muertos para visitar a su abuelo, Escipión el Africano. Desde esa posición excepcional y omnisciente, el joven Escipión observa obsesivo la esfera terrestre, mientras su abuelo lo invita a contemplar las estrellas y a escuchar la música de las esferas. El texto muestra esta tensión entre la armonía y plenitud del lugar celestial que habita el viejo y los deseos imperiales del joven: entre el mito y la historia.¹⁰

9 La obra de Macrobio *Comentarius ex Ciceronis in Somnium Scipionis* fue escrita probablemente hacia el año 430 d.C. Los manuscritos más notables son los que se conservan en París y el Escorial. Véase la introducción de Stahl a su edición y traducción de (Macrobius 1990: 3-65).

10 El joven Escipión, desde las alturas, no puede sino mirar la Tierra y pensar en términos políticos. Su abuelo lo invita a contemplar el espectáculo de las esferas, pero él ve la pequeñez del planeta y la insignificancia del mismo imperio romano. En el texto latino se lee: “iam vero ipsa terra ita mihi parva vista est, ut me imperii nostri, quo quasi punctum eius attingimus, paeniteret” (Cicero 1989: 22-3). En su excelente edición y traducción inglesa de los *Comentarios* de Macrobio, Stahl incluye también el texto de Cicerón y traduce así este fragmento: “From here the Earth appeared so small that I was ashamed of our empire, which is, so to speak, but a point on its surface” (Macrobius 1990: III, [7], 72). He utilizado preferentemente la edición de Stahl para los textos de Cicerón y Macrobio.

En su *Comentario*, Macrobio describe la Tierra como una esfera con cuatro grandes continentes o islas. Europa, Asia y el Norte de África, es decir, todo el Viejo Mundo ocupa sólo una de estas regiones. Las otras tres grandes islas son conjeturales y corresponden a un balance de territorios entre el norte y sur de la línea equinoccial. Los mapas que acompañan el *Comentario* muestran una cara de la tierra dividida en dos masas insulares y cinco zonas climáticas: dos zonas templadas y habitables al norte y sur; y tres regiones inhabitables: los extremos frígidos en los dos polos y una zona tórrida, llamada también “perusta” (quemada), que como una faja ardiente recorre ambos lados de la línea ecuatorial. Así puede verse en el mapa universal impreso en la edición titulada *In Somnium Scipio expositiones*, publicada en Brixie, en el norte de Italia, en 1485:¹¹



Mapa universal de Macrobio: Brixie, 1485

11 Tomo las ilustraciones de los facsímiles que publicó Carlos Sanz en su libro *El primer mapa del mundo con la representación de los dos hemisferios, concebido por Macrobio. Estudio crítico y bibliográfico de su evolución* (1966).

Se ha señalado que la imagen que presenta Macrobio de las zonas habitables de la tierra influyó desde el siglo XV en la expansión europea, e inclusive puede suponerse que Cristóbal Colón la haya tenido en cuenta al trazar la ruta de su primer viaje (Stahl 1942: 252). Al mismo tiempo, como es sabido, los nuevos descubrimientos geográficos producían también nuevas lecturas y miradas de los textos clásicos. Así, una mirada oblicua sobre los mapas impresos de Macrobio puede leer fácilmente el nombre de “Perú” en ellos. Oblicua en más de un sentido: se trataría probablemente de una mirada de soldado a principios del XVI, de un lector incompetente en latín, de alguien que lee el mapa de Macrobio fuera de contexto. Pero también puede ser la mirada del erudito que reconoce el “perú” como una cifra secreta dentro de una palabra latina y ve en él un signo más que anuncia y legitima la expansión europea.



Mapa de Macrobio: Florencia, 1515

La palabra “Perú” está y no está en el mapa. En sentido estricto, no es “perú”, sino la voz latina “perusta” la que nombra la zona ecuatorial de un hipotético continente austral. “Perusta”, derivado del verbo “peruro”, significa literalmente quemado, consumido por el fuego. En otras palabras, la zona perusta es la región inhabitable por excelencia, arrasada por el calor del sol.

El *Comentario* de Macrobio al “Sueño” de Cicerón se imprimió con mapas al menos en 12 ediciones entre 1485 y 1550. Estos mapas seguían, con algunas variantes, las ilustraciones de los manuscritos medievales: muestran siempre una forma circular y las cinco zonas climáticas mencionadas. Estas ediciones pudieron haber ejercido una influencia profunda, más allá de Colón, aunque no siempre visible, en la expansión europea durante la época de los llamados “grandes descubrimientos”.¹² El texto del *Comentario*, escrito en latín, se leería preferentemente entre humanistas, eruditos y en los talleres cosmográficos del siglo XVI. En cambio, los mapas pudieron muy bien fascinar la mirada de distintos personajes letrados y no letrados, soldados que desconocían el latín y poseían una relación no institucionalizada con la cultura del libro. Los mapas de Macrobio debieron “leerse” muchas veces descontextualizados, ajenos a los comentarios, impregnados del aura nueva del libro impreso, como imágenes que, en efecto, desde el cielo dictaban las formas ocultas de las tierras desconocidas del sur del mundo.

Desde 1485, cuando se edita en Italia el primer impreso de Macrobio ilustrado con un mapamundi, hasta 1527, año en que la palabra “Perú” asoma en los documentos panameños estudiados por Porras, existen por lo menos diez ediciones del *Comentario* acompañadas de un mapa grabado. Desde nuestra perspectiva, entre estos grabados la variante más notable es la disposición visual de la palabra “perusta”, la cual, en la segunda década del XVI, se separa y segmenta sobre el espacio de un hipotético continente del sur: “peru-sta”. Así, por ejemplo, la edición florentina de

12 Carlos Sanz lista 39 ediciones del *Comentario* publicadas entre 1472 y 1607, de las cuales al menos quince llevan un mapa impreso. Este “famosísimo mapa del mundo”, señala Sanz, “sin duda alguna debió repercutir en el desarrollo, y tal vez en la propia iniciación de los grandes descubrimientos transoceánicos que cronológicamente coinciden con la máxima expansión de este libro precioso del que no sabemos que haya sido traducido aún a nuestra lengua castellana” (1966: 13).

1515 (ver ilustración) bien pudo servir en Panamá para trasladar la conjetural zona “perusta” hasta las tierras que se iban descubriendo al sur de la línea ecuatorial. La mirada que lee “perú” donde se ha grabado “perusta” —como una palabra intencionalmente rota— reconoce quizá una tierra al sur que empezaba a llamarse con ese nombre.

El nuevo orden del mundo que se inicia desde finales del XV supone una diferencia entre el sur y el norte prevista ya en los textos antiguos que especulaban sobre la existencia de las antípodas. Los nuevos descubrimientos geográficos y la probable presencia del nombre del Perú en la zona tórrida del mapa medieval, confirmarían la larga duración de los discursos cosmográficos, así como el orden y las jerarquías de una tierra por primera vez globalizada. La creación del Perú para Europa sería así mucho más antigua que los viajes de Andagoya o Pizarro. La tierra quemada, arrasada, el llano en llamas, pertenece a una antigua geografía, a una escritura sobre la tierra que se mantuvo vigente y cargada de significados para la expansión imperial durante el siglo XVI.

De cualquier forma, el origen del nombre Perú permanece esquivo a la estabilización y abierto a las complejidades, a los cruces y la diversidad. En la posibilidad de que el topónimo “Perú” incluya un ingrediente de las viejas tramas cosmográficas se nos revela, por un lado, la importancia que tuvieron en esos años las narraciones e imágenes geográficas impresas, cuando año a año se iba completando el deseo de un mundo acabado para la mirada europea. Por otro lado, la trama cosmográfica es una provocación y una vindicación de las “malas lecturas”, de las posibilidades del error, de los malentendidos y violencia que fueron construyendo el mundo colonial. Aceptar que en la “esencia” del nombre del Perú se encuentra esa falsa lectura latina es, de algún modo, adoptar el relato del Inca Garcilaso, quien denuncia la corrupción de las palabras indígenas en la violencia del bautizo civil del primer indio peruano. La narración etimológica no recupera la esencia de la cosa, pero encontramos en su trama, en sus múltiples orígenes, los muchos hilos y cortes con los que se compuso el mundo colonial.

Referencias bibliográficas

- Andagoya, Pascual de. *Relación muy circunstanciada de los sucesos de Pedrarias Dávila en el Reino de Tierra Firme o castilla del Oro*. Fernández de Navarrete, Martín. Colección de documentos y manuscritos compilados por Fernández de Navarrete. Edición facsimilar. Prólogo de Julio Guillén Tato. Nendeln, Liechtenstein: Kraus-Thomson, 1971. Vol. 13. 277-325.
- Cerrón Palomino, Rodolfo. “Nota etimológica: el topónimo Lima”. *Lexis* 24.1 (2000): 151-162.
- Cicerón, Marco Tulio. 1989. *Somnium Scipionis*. Texto, introducción y notas de Oscar Velásquez. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- “Scipio’s Dream” [Somnium Scipionis]. *Commentary on the dream of Scipio*. Traducción, introducción y notas de William Harris Stahl. New York: Columbia University Press, 1990. 69-77.
- Durand, José. “El proceso de redacción de las obras del Inca Garcilaso”. *Annales de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines d’Aix* 36 (1962): 247-266.
- “Dos notas sobre el Inca Garcilaso”. *Nueva revista de filología hispánica* 3.3 (1949): 278-290.
- Dumézil, Georges. *El destino del guerrero. Aspectos míticos de la función guerrera entre los indoeuropeos*. Traducción de Juan Almela. México: Siglo XXI, 1971.
- Firbas, Paul. “Escribir en los confines: épica colonial y mundo antártico.” Agencias criollas. *La ambigüedad colonial en las letras hispanoamericanas*. José Antonio Mazzotti, editor. Pittsburg: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2000. 191-213.
- Garcilaso de la Vega, el Inca. *Comentarios reales*. 1609. Ed. de Ángel Rosenblat. Buenos Aires: Emecé, 1943. 2 tomos.
- Macrobius, Ambrosius Aurelius Theodosius. *Commentary on the dream of Scipio*. Edición y traducción de William Harris Stahl. New York: Columbia University Press, 1990.
- Marrero Fente, Raúl. “Texto e historia: los géneros de La Conquista del Perú”. Paul Firbas, ed. *Épica y colonia. Ensayos sobre el género épico en Iberoamérica (siglos XVI y XVII)*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Mayor de San Marcos, 2008. 211-229.
- Morton, F. Rand, ed. *La conquista de la Nueva Castilla*. México: Andrea, 1963.

Oré, Luis Jerónimo de. *Symbolo catholico indiano*. 1598. Ed. facsimilar de Antonine Tibesar. Lima: Australis, 1992.

Platón. *Cratilo o Del lenguaje*. Edición y traducción de Atilano Domínguez. Madrid: Editorial Trotta, 2002.

Porras Barrenechea, Raúl. *El nombre del Perú*. Lima: Talleres gráficos Villanueva, 1968.

Sanz, Carlos. *El primer mapa del mundo con la representación de los dos hemisferios, concebido por Macrobio*. Estudio crítico y bibliográfico de su evolución. Madrid: Imprenta Aguirre, 1966.

Stahl, William Harris. "Astronomy and Geography in Macrobius". En: *Transactions and Proceedings of the American Philological Society* 35 (1942): 232-58.

